



EDICIONES PINGALA

ESTA EDICIÓN ES UNA MIERDA

Ricardo Hende Seós



**DONDIGO  
DIEGO**

## I

**D**esnudo y ocupado pasaba la tarde, Don Digo Diego, podando del durazno que plantado tenía en su macetón de la terraza del penthouse que en el East Village de Nueva York moraba, cuando se cruzó su mirada con la del su gallo Uralito.

Como Don Digo Diego le inscribió en el registro civil de Córdoba el hijo de puta del funcionario cuando su padre, borracho y con un cubano, fuera a él a inscribirlo.

En la terraza del penthouse se dedicaba ahora a la cría de gallos y gallinas, al cultivo de pepinos, tomates y hojas de coca. Se dedicaba incluso al ver el pasar de los días, de las noches y del Spider-Man cuando por allí, de tela de araña en tela de araña, se dignaba en afluir cual Tarzán de los monos con traje de neopreno de a colorinchis.

Vio por un momento en los ojos de Uralito la tristeza que se albergaba y recordó los buenos tiempos. Cuando en la deep web hicieron un nombre hackeando webs a cuatro garras. Se gustaban, de en por dentonces, del hackear webs de entidades públicas patrias. Permutaban el .jpg del banner superior de la web por otro de una foto del su fallecido padre. Reían luego los dos a carcas y a jadas. De aquella época guardaba buenos recuerdos, también se guardaba en un banco de las Islas Caimán los nueve millones de dólares que encontró él en el un Banco de Santander.

## II

**E**nsimismado y nudo en estos recuerdos estaba Don Digo Diego, cuando se percató del tornarse en pícara la mirada que el su gallo Uralito le andaba dedicando. Ambos sabían lo que iban a ocurrir.

Y así ocurrió lo que en otras tontas ocasiones. Ocurrió que se unieran cipote por cloaca haciéndose un solo ser al mismo son. Y al son de un mismo aleteo y desde la terraza del penthouse del East Village se alzaron, los uno ahora, en vuelos.

Era digna de admirar la silueta del ambos uno recortada sobre el cielo neoyorquino aleteando a un mismo tiempo cual persa Simurg.

Revolotearon en los tornos del Empire State Building y del cercano edificio Chysler para descender en el picado y entrar al través de las grandes cristalerías del hall de la Grand Central Estation.

El estallido de los cristales, como no podía ser del otro modo hizo cundir en el pánico entre la plétora de ciudadanos que abarrotaba el hall. Provocando el estruendo y la ya habitual estampida humana de individuos y sujetos.

Más quiso la mala suerte, que al travesar de los cristales ambos se degollase solo Uralito aquella vez al instante.

Ya en descontrolado vuelo, sin alas gallonaceas que controlasen la nada, estampose y encastrose el ya cadáver de Uralito y el aun vivo cuerpo de Don Digo Diego, en el reloj de cuatro esferas que corona los carteles de información del hall de la Grand Central Estation, terminando así con sus vuelos y con sus vidas.

## III

Los agentes del CSI NY nunca esclarecieron la nada y la historia del aquel un gallo e individuo, desnudo e indocumentado, paso a engrosar los archivos de los casos sin resolver de la historia norteamericana de principios del siglo veintiún.

De resultas del aquello, se secaron el durazno y las ocho gallinas enjauladas en la terraza del penthouse del East Village.

Sin embargo y gracias al riego en automático, pepineros y tomatales prosperaron del modo excepcional, invadiendo el interior de lo que fuese antes la morada de Don Digo Diego y su gallo Uralito, transformando el antes coqueto penthouse en un invernadero de Dalías sito en la treinta y cuarta planta de una torre de apartamentos en la esquina de la veintitrés con la primera avenida neo-yorquina.

Una lástima, todo una lást-ima.

## Fin